

# Todo está al otro lado de la noche

Hugo Mujica

*En el caminar algunos  
Llegan al portal por senderos oscuros.*  
Georg Trakl

I

Puerta que cierra y abre  
para que tu sombra no pueda entrar  
Y así seguir sumidos en la luz  
que todo lo embrutece

Con estas cuatro líneas comienza el libro que nos ocupa, se enciende la *medianoche* que buscaremos no *analizar*, ni siquiera *interpretar*, sino vislumbrar, el libro de Víctor Rodríguez Núñez, el de sus *Actas de medianoche*, su contemporáneo *remake* –valga el término– del combate más prístino y constitutivo de la condición humana: el de la luz y las tinieblas, el del misterio y la comprensión.

Sale y entra la noche  
por las hendidias de tu corazón

ese vaivén de puertas, esta alternancia interior entre luz y sombra, día y noche, luz «que todo lo embrutece» y «sombra que se espiritualiza», será el itinerario, la *catábasis* que nos relata este poemario: su descenso al corazón de la noche, la cósmica, la ontológica, la histórica, pero sobre todo y aunándolas, la suya,

la de este libro: la de la palabra y la experiencia poética... Palabra poética, y por poética, que enciende su sentido sin apagar su noche, que trae a la luz de la palabra pero custodiando su sombra, protegiendo su *medianoche*, su misterio de fecundidad, de creación.

El poeta en el que estamos adentrándonos no busca el autoco-  
nocimiento complaciente, el que lo confirme y afirme; tampoco  
las conquistas psicológicas con las que demorarse mirándose en su  
propio reflejo, ni disquisiciones filosóficas que alaben su inteli-  
gencia; busca la poesía y, llevado por ella, se inicia en lo inicial de  
toda poesía: «en el principio era la noche», dice la cosmogonía de  
los seguidores de Orfeo, padre y arquetipo poético. Se trata de la  
develación en y mediante lo nocturno, tradición órfica –dijimos–  
pero no excluyente, también es la de gran parte de los pensadores  
presocráticos y de la frondosa tradición mística del cristianismo  
griego de los primeros siglos: la tradición *apofática*, *sin-luz*, la  
senda de los que nos han contado que ver es ver lo invisible, que  
ver en la noche no es no ver, es ver la noche, contemplar lo que la  
luz vela:

Una luz que se apaga  
te deja verlo todo  
En un solo  
irreprochable instante sin fin

nos confirma nuestro autor.

«Una luz que se apaga/ debe cambiarlo todo». No es un mero  
verso, dos simple líneas, es una advertencia, un llamado a mirar la  
noche, a seguir leyendo adentrándose.

Una luz que se apaga  
tan próxima que nadie puede verla encenderse  
tan remota que está dentro de ti

y todo, por dentro y por fuera, cambia: «me deshago del ser/ me  
diferencio/ grano de oscuridad», cambia la percepción de sí.

«¿Acaso acabaré siendo sombra?», se pregunta para contestarse: «Desde este instante ya no soy la noche/ Me deshice de todo/ Borré su claridad/ abrí su círculo». Pero es una presunción, una bravuconada, apenas comienza el libro, recién emprende su errancia, y la noche aún tiene tanto más que mostrar, mucho más que revelar. Recién ahora se abre el círculo de la noche, la esfera que encierra, y la noche es precisamente lo abierto, lo ilimitado: «zarpo a ver si la noche tiene orillas»...

Y el libro sigue, el poeta nombra: «lluvia», «sol», «viento», «tormenta», «brisa», «neblina» y «penumbra», «nieve», «luceros» y «estrellas», «árboles» y «bosques», «flor de cactus» y «de pascua», «arena», «lirios», «nubes», «centellas», «hielo» y «granizo», «el perro», «la ardilla» y «las ranas»... y «un venado», un venado que de tanto en tanto recorre las líneas... El día y la noche se pueblan, todo desfila, todo es nombrado, pero «los elementos se revelan»... pero no era eso, no era lo que la luz deja ver, lo que, confiesa dolido, era «mi falso jardín», la tentación de pisar el jardín sin atravesar lo perdido. Por eso la ausencia llama, la sed sigue, el libro es otra vez exilio: «Llueve como si fuera/ la primera vez o como la última», «Llueve y muero de sed»...

Y los versos se suceden, la noche, se enriquece, se puebla, se escucha: «Ese raro concierto que es la noche/ si se empieza a vivir». El poeta sabe que «la noche es lucidez más compasiva/ sin brazos en cruz», sabe que «la sombra siempre tiene la razón». Es la otra razón, la poética, la que se sustrae y así llama, llama a crearla, a armarla:

Armo el rompecabezas de la noche  
Faltan piezas y sobran las que más insisten en tu candor  
Lo único que encaja es el deseo  
de no ser solo estar

sí, la sombra tiene la razón, pero es otra índole de razón, no la razonable: la insondable. Y de allí la consecuencia esta vez sí lógica: «Nadie ha podido doblegar la sombra/ ponerla de rodillas ante una sola luz», versos que vuelven, que repite hacia el final, que surcan su poetizar.

Es, consecuentemente, en «La noche inexplicable que me explica» donde ahora se dice, se confiesa, se asombra y se busca en «la noche vuelta río/ desnudo en su corriente», agua y espejo: «Me busco en el espejo de la noche/ donde no tengo rostro/ ni ganas de ocultar»... La noche –acabamos de decir– es ya insondable, sin fondo, abismal: «Ante ti el vacío que repela la sombra/ Esa nada que arde/ como sudor de luz/ en los ojos tachados», «He vuelto a ser la nada que ociosa me imagina».

Es noche, «noche de la memoria», es memoria desnuda: «Al despertar/ noche de la memoria/ no había nada en ti», y lo anterior a la memoria, lo inolvidable, es el origen, es la nada. «Tu obsesión con lo oscuro/ es sólo obsesión de lo abierto conmigo», lo oscuro se abre, se abre hiriendo:

Mañana no será otra nueva noche  
 El caos razonable  
                             bajo el rayo  
 de una estrella que oscila en abandono  
 Hoy me ahogaba en la luz  
                             revuelta de esperanza  
 Preguntas a la nieve  
 que ya no va a caer en esta vida  
 Cada relumbro confirma el revés  
 Camisas desangradas para tender al sol  
 de cada medianoche  
 Sin espacio ni tiempo para una sombra más  
 la razón se desborda  
                             cura y herida abierta

Y así, en esta herida abierta, se cierra la primera parte del libro, su mitad de medianoche, su media catábasis, su llegada hasta la desnudez, hasta la nada... Pero poeta es aquel que sabe que el vacío es fuente, que la herida es hendidura, es manantial... Sabe que la nada no quita, que la nada da... abre espacio para la creación. Por eso el andar no se detiene: «Memorias desvestidas/ de ese viaje que aún no se concreta», el viaje sigue, la segunda parte de estas *Actas de medianoche* se abren, se ahondan.

## II

El origen no es inicio: inicia.  
Es iniciático.

En el inicio, sea la noche o la palabra, el silencio o el aliento, siempre está el mito, la narración original: el *había una vez* con el que nos contamos un mundo, uno o muchos dioses, o nos contamos a nosotros mismos quiénes nosotros decimos ser, nos contamos para llegar a sernos, o poetizamos para darnos a ser en otros, para trascendernos. La narración del origen es así el origen de la narración, el de cada vida, el de toda escritura, y de la historia que creamos.

«En Cayama», así comienza la segunda parte del libro, los restantes siete escalones del descenso al «centro» de la noche. Gozne y aterrizaje.

Cayama es el origen biológico, afectivo. Infancia y juego, familia y protección... «abuelo» y «abuela», «padre» y «madre», «hermano» y «hermana», «tíos» y «tías», «esposa» e «hijos», «cuñado»... todos van siendo nombrados, presentificados. Cayama es origen, origen encarnado, como todo origen siempre latiente. En vilo. Cayama es –veremos– origen en carne viva: es herida.

«Cayama», pero eso será después, veinticuatro años después, será el nombre de su primer libro, la plasmación de otra dimensión del origen, de su inagotabilidad, su excedencia, quizá la más abismal, la más callada: la poética. La respuesta al llamado que origina, a la poesía que nos busca para llegarse a decir: el llamado a escuchar.

Escuchemos cómo sigue ese primer poema: «En Cayama sólo había un minúsculo/ y descascarado espejo en el baño/ Y en él no se veía/ otra parte del cuerpo salvo el rostro». Infancia, familia y, también y no menos, primer reflejo: espejo y rostro. Primera imagen de sí, primera construcción del yo por el yo, primera repetición, también prisión.

Pero el origen origina separando, diferenciando... exiliando. El hombre mismo rebasa su origen, su «minúsculo y descascarado espejo», su mero «rostro», rebasa y parte, parto y partida de sí, y rebasándolo, rebasándose, lo pierde: «La noche es algo es alguien/ que arrancaron de mí».

Si la primera línea del libro nombra la «puerta que cierra y abre», ahora, en la radicalidad que asume esta segunda parte, la puerta se cierra, el origen se ausenta, es, como todo origen, como el bíblico Edén, lo perdido y por ende lo buscado, es la memoria de la esperanza, es lo aún por crear: «¿Dónde estará la casa/ que de pronto cerró todas sus puertas/ creando este vacío?».

Vacío sí, pero poético: dicente. Iremos viendo cómo este vacío, cómo toda ausencia, llama, toma nombres y, también, los borra: «La noche y yo desnudos/ sin saber/ lo que haremos con tanta piel borrada». El vacío, o como ahora lo radicaliza, «la nada», derrubia, deconstruye. «Descentrar todo borde/ desbordar todo centro», será el lema, el camino, el poema.

Lo primero a borrar será la ilusión de la propia imagen, la «del espejo sin marco/ donde todo se esconde/ y es preciso romper de alguna forma», sí, primero la liberación del propio reflejo, del «espejo de la sombra», no para soslayar la sombra, para habitarla en su vital preñez no en su espejismo estéril. Borrar hasta que no quede nada del autor, de la autoridad de quien se cree fundamento de sí, dicente de su decir. Es la «destrucción del sujeto por la sombra», por la noche que «sabe cómo hacerse penetrar/ Sus labios absorben mi poco ser». Y sin *ser* no se es, o se es lo más propio: la propia ajenidad. Aquí, en el poeta, en el autor, es su nombre, su propio nombre, su propiedad la que debe desgranarse, convertirse en «Un yo descascarado/ vuelto sílabas».

El poeta va soltando toda identificación, con el origen asible, conocido, con lo que más bien sería comienzo y no origen, y con su propia identidad, la que había identificado con su reflejo, con lo ya sido, lo sustantivado. Pero en ese vacío –vemos– no se hunde. Ahora, cuando suelta aquello a lo que se aferraba descubre que siempre había estado sostenido, que era la noche la que lo upaba, la que en él era y siéndolo lo sostenía: «Las astillas de un yo/ que se tala a sí mismo/ al fin de Woodside Drive/ Un yo que ha renunciado/ al sentido último/ a la brutal coherencia/ En su centro la noche no deja de girar», y la noche no sólo lo habita, también lo lleva y destina en su movimiento creativo: «La noche desbocada me cabalga»... Y, ya en su radicalidad, la nueva identidad, el creador creado: «Soy creación de la noche», pero creado

poeta, por eso: «Por eso luz oscura/ yo no he escrito de ti sino contigo», y más aún:

En realidad sólo habla la sombra  
con mi silencio pulcro...  
Un poema conmigo pero ya no de mí  
Yo soy la relación entre la punta mellada de un lápiz

Y la página en blanco de la noche

### III

Hay también otra dimensión de la noche, una noche política, no partidista, noche de la *polis*, noche humana, dado que lo humano es el reclamo por serlo en medio de la deshumanización, del poderío. Es el reclamo por «la noche», por el derecho a vivirla, a velarla, reclamo poético: casi un himno, un manifiesto dentro de estas páginas: «Sólo la noche es libre... sin fronteras... sin censura...»,

Sombra rebelde que no da su brazo  
a torcer  
aunque escarbe con el lápiz más fino  
Noche insubordinada  
hasta contra sí misma  
y aunque tenga todas las de perder  
no cree en claridades

Hay la protesta por la noche quitada, por los posibles talados, por los anhelos arrancados... porque «Sólo la noche en sí/ utópica y abierta en cualquier parte.../ Noche insubordinada», es noche de la resistencia de quienes no creen que la humanidad esté en retirada. Es la noche de todos los pueblos, porque «la sombra es de todos», y enumera la nocturna y rebelde geografía: la de las tierras heridas, invadidas: «Irak», «Colombia», «Cuba»... y las otras, las recordadas: «Habana», «Managua», «Madrid», «La Paz», «Medellín»... Y concluye declamando y reclamando: «No habrá revolución/ si no dejamos que la noche hable».

Será sólo la noche  
La sombra es transparente  
se le ven las venas a la verdad  
Vale menos el oro que la nieve oxidada  
Vale tanto un cocuyo como una estrella negra  
Vale más tu sonrisa  
que este desvelo por la perfección  
La sombra no es jerárquica  
reta las disciplinas de la luz  
Es campesina obrera intelectual  
Mi género desnudo  
mi etnia sin colores  
A la noche la hacemos entre todos  
los que ha humillado el día

«Esta noche de pronto no pasa/ ¿es la de antes o la de después?»... Y brilla la noche de antes, la perdida, la de su propia historia, la que el poetizar recobra... «Cuando cae la noche todo se vuelve Cuba/ Una ausencia de luz que no me deja ciego», es «La noche de Cayama/ expresándose al humo de los cañaverales»...

Otra vez Cuba, otra vez Cayama, otra vez todas las veces, porque el tiempo poético no es el de la falsa linealidad de los relojes, es el de la conjugación de los tiempos verbales, su simultaneidad, su flujo y reflujo sobre las playas del ahora donde traen lo que fue y acercan lo que será, y vuelven a traer y vuelven a acercar... y volvemos a vivir, no lo de antes, lo que cada nuevo ahora capta, descubre y vivencia, lo que del pasado aun no nos había nacido, aun no lo había hecho creación.

El tiempo poético, el de la noche, no es el medido, es el latido, es el tiempo que somos:

Cayama el otro lado de la noche  
Mi madre en su sillón  
ya fregados los platos  
puede llorarlo todo  
con la telenovela nacional  
Mi hermano en su herrumbrosa bicicleta  
pedalea dormido



por las calles que sólo  
su desmemoria aclara  
Yo soy el otro lado de la noche

#### IV

De noche es diferente  
no peleo con nadie  
hasta cierro la boca  
Puedo dejar el yo  
como camisa usada  
colgado en la pared  
Puedo ser una estrella  
una hormiga  
que acarrea su hoja emborronada  
Me visto y me desviste  
tu piel de oscuridad

Volvemos al poeta, al regreso a su soledad solidaria, al que ya ha dejado su yo «como camisa usada», ahora que no se cierra en su identidad, en su sí mismo –en lo mismo de sí–, puede ser todo, «estrella», «hormiga»... ahora, ahora que la noche lo desnuda, lo viste y desviste. Ahora que ha llegado a la dimensión poética del silencio, al silencio no en su mero callar sino en su abrirse recepción: al escuchar:

Vine a guardar silencio  
No hay nada sino estar

A un lado de la noche que no pasará en vano  
escuchando a la nada  
su espléndido discurso  
sobre el ser  
Ni una sílaba más por desgranar

Sí, aun quedaba escuchar la nada... recorrerla, dejarla decir: «La nada recorrida/ en sentido contrario/ del alba hasta el crepúsculo», «la nada que confluye/ en esta hora impar».

De la nada no sabemos nada, ese no saber es su nada, su apenas cuatro letras, nombre, su hacer señas. «Aquí resistiré/ el avance de toda claridad/ No queda nada afuera de la noche/ ni siquiera la nada»; indecible «Sólo queda esperar que la estructura/ reproduzca la nada/ y la oración el viento».

Hay la *nada* y hay un *centro*, el centro que en esta parte del libro una y otra vez se nombra, que se busca tener pero, ya aprendió nuestro poeta, tener a la manera poética, tener sin retener, lo sabe el poeta que en su catábasis va ya «hacia el centro que nunca colmaré», el poema que nunca se terminará, la poesía que siempre se sustraerá.

## V

El poeta, nuestro poeta, ya renunció a *su* ser autor –«Soy simplemente de las muchas cosas que ladran en la noche» –nos confiesa–, uno entre otros, sin alardes ni privilegios; y lo aprendió a través del mayor desasimiento, el que renuncia al querer decir lo propio, a decir y no a escuchar, *ser* y no, como un par de veces lo anhela, simplemente *estar*. Al fin, ahora, guardando silencio, está «a la espera de algo que no sea la luz». Su ser ahora es su esperar, su abrirse al don de lo que la noche trae, lo que la sombra brinda. Renuncia, también, a su saber, a su entender: «Nunca sabré tu nombre/ sombra trasapelada», no-saber, *docta ignorancia*, constitutivos también de toda experiencia mística, de toda insondable hondura. Renuncia que es entrega: sólo le queda la noche y el silencio, el estar de la existencia poética, el temple de la acogida: «Existo porque busco/ articular silencios/ Yo soy un resplandor/ de la nada ardorosa». Y, como final, la reunión, la comunión que acontece en el espacio que la renuncia abrió: «Nada falta a mi sombra/ que no sea tu luz intransigente/ Nada falta a tu lumbre/ que no sea mi oscuridad sagrada», el uno en el otro, lo uno por lo otro, el poeta y su noche, la noche y el poeta, la poesía y el poema.

No es un final, el libro queda abierto, como la verdad cuando es pregunta, como sus páginas en el que ninguna de sus líneas ostenta un punto final. Son, nos confesó el poeta, «planos de la

noche/ que esbozo/ cuidadosamente para olvidarlos». «Sólo la sombra desvelada existe/ Mas en el centro brilla/ la muerte por su ausencia», y mientras la muerte sea ausencia, la vida permanecerá abierta, seguirá diciéndose, revelándose.

Termino –yo– con dos párrafos, el primero dice:

De noche sólo trasciende la noche  
Y al fin qué buscaré rondando en esta casa  
de espejos sin imágenes  
Acaso habré encontrado  
reflejos de la sombra  
que debo agradecer

«Todo está al otro lado de la noche». Es la noche, otra vez la noche, la trascendencia de la noche... el resto es reflejos, ya casi no quedan páginas, no queda nada, salvo la gratitud, la conciencia de finitud abrazada, la trascendencia que es el tener del no tener: el seguir creando.

Y el otro párrafo, el que cierra el libro:

El centro de nada  
Como la noche  
giro por cualquier parte  
Esa sombra sin eje retorcida  
que suena a viejo disco  
Yo te he estado esperando  
desde la medianoche de Cayama  
en que la sombra ardía  
Aquí y en todas partes vida colgada de un clavo mohoso  
este susto que soy  
Si te atrasas o no llegas al fin  
poco importa  
te espero antes del alba

## VI

Sería menospreciar al lector de estas líneas, en lo que éstas hayan podido ser eco de las *Actas de medianoche*, elogiar el libro;

si necesitase hacerlo es que fracasé, que lo que intenté decir no sobre él sino desde él no logró expresarme. Sólo agrego mi agradecimiento al libro, a este poema esencial, no a su autor que logró callarse, sí a su voz que ofrendó a la noche. En épocas donde la anécdota y la cotidianidad lo ocupan todo, o casi todo –y no excluyo a la literatura sino que es de ella que hablo–, un libro que tome la vida en su destino, en su cifra total, es decir su enigma y misterio, su noche, es una osadía, un riesgo necesario, una generosidad.

El libro termina con una espera, una cita «antes del alba», y cuando un libro cita, más allá y más acá de quien sea el citado, cita a que lo leamos, a que lo escuchemos. Eso sí, en la noche, en la misma noche que el libro abre, acerca y alberga; es, lo aclara, «una sola noche», la suya, pero tan honda, que su oscuridad nos refleja, que su noche ilumina la nuestra, quizá también, y ahora lo comprendemos, «porque una sola noche todas las noches», «porque una sola noche lo explica todo» ©